

FEMX
80

La Rebeldía entre los Indios de México.

Tesis
que para obtener el grado de
Maestra de Artes
presenta
Laura Kathleen Curry.



L. DE VERANO

México, D.F.

1937.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Capítulo I

Carácter del Indio

Se ha creído por muchos, me atrevo a decir, por la mayor parte de la gente culta y civilizada del mundo que desde los días de la conquista los indios de México han sido sumisos y humildes y no han osado levantar la mano contra sus dueños, los blancos. Pero yo mantengo que el espíritu indio es rebelde más que sumiso. Esta característica del indígena se vé no sólo en las numerosas sublevaciones, sino también en otros campos, especialmente en los de filología, arquitectura, y religión.

Por todos estos centenares de años el español ha sido el idioma aceptado en México. ¿Pero los indios? ¿Lo han aceptado? Absolutamente no. La estadística nos dice que la mayoría de los indios siguen hablando su propio idioma; aún rehusan aprender el español. Además, sus dialectos han influido tanto en el español que la gente culta de México diariamente usa palabras que son verdaderamente de origen indígena. Y más ha hecho el indio al idioma de México. La lengua india-su misma construcción no le permite pronunciar algunos de los sonidos españoles. ¿Resultado? El Español ha ajustado su idioma a la lengua india, y en México encontramos la pronunciación de ese idioma más suave, y más hermosa que en cualquiera parte del mundo. El indio tiene la culpa del acento hispanoamericano, y a él debemos la hermosura de esa lengua.

En el campo Arquitectónico el indígena se ve especial-

mente en las formas decorativas encontradas en las iglesias. Los españoles destruyeron la mayor parte de los templos y los edificios de los indios, pero el indio, mientras, bajo las órdenes de sus amos construyó iglesias y trató de interpretar, concepciones españolas, usaba su propio estilo, y en su trabajo ponía algunas de sus creencias y concepciones. En los ornatos de tales iglesias como las de Alcolman y San Juan de Teotihuacán se destaca el estilo indio. Algunas veces los indios introducían sus supersticiones. Por ejemplo, en un lado de la catedral de Taxco está dibujada la figura de un cuerpo cayendo. Se dice - que cuando se edificó la catedral un indio cayó de una torre. Sus compañeros, muy asustados, dibujaron con piedritas en la pared esa figura.

Si comparásemos la iglesia católica de México con esta iglesia de otros países del mundo, encontraríamos muchas diferencias entre ellas. Y, si buscásemos la causa de estas diferencias, las hallaríamos en esto: la voluntad de los indios de guardar muchas de las creencias y ceremonias de su antigua religión indígena. En otras palabras, pudiéramos decir que el espíritu, diremos rebelde, del indio le prohibió que aceptara la religión católica completamente. Es natural que les gustó a los indios cambiar sus ideas sangrientas como la de sacrificio humano por ideas de amor y caridad pero no podían mudar sus creencias enteramente. Por eso, la iglesia católica encontrada en México es una mezcla del cristianismo y el paganismo. Encontramos pruebas de esto en el libro de Gregorio

López y Fuentes "El Indio" y en "Idols Behind Alters" por Anita Brenner. Hay dos incidentes en el "Indio" que muestran esta mezcla. En el capítulo titulado "La Fiesta" un padre vino al pueblo indio a dar la misa, a bautizar a los infantes, y a casar a los comprometidos. Estas ceremonias se celebraron por los indios con bailes y manifestaciones absolutamente paganas. Otra vez cuando fueron en una peregrinación a la basílica de su santo patron lo adoraron bailando por muchas horas sus bailes rituales.

Hay indios, y hay indios. Si se tratara de dibujar el carácter del indio, sería una tarea casi imposible. El indio de Yucatán es diferente del indio de Jalisco. Cada tribu tiene sus propias características. Yo no pienso hacer un estudio del carácter de los indios de las diversas tribus indígenas. La cosa que voy a establecer es: por todo México, en todas las tribus, en el indígena encontramos el espíritu rebelde. Esta característica se ha mostrado y ahora mismo se muestra en las millares de sublevaciones y alborotos que los indios han levantado y están levantando. No querría decir que la rebeldía predomina en el carácter individual del indio, sino que es una característica importante de que no se ha hecho caso. Y en muchos casos otras características han producido rebeldía de parte de los indios.

¿Son humildes o sumisos los indios? Según los primeros frailes su virtud sobresaliente era la sumisión. Motolinia escribió, "los vasallos no tienen otro querer sino el del señor, y si alguna cosa les mandan, por grave que sea, no saben responder otra cosa sino mayuh, que quie-



re decir así sea. Esta gente naturalmente es temerosa y muy encogida, que no parece sino que nacieron para obedecer, y si los ponen al rincón allí se están como enclavados." El Padre Bartolomé de las Casas encontró a los indígenas "gentes pacíficas, humildes y mansas---obedentísimas, fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos a quienes sirven más humildes, más pacientes y quietas, sin rencillas ni bullicios, no querellosos, sin odios, ni desear venganzas, que hay en el mundo." Francisco López de Gomara dijo: "Son mansos, lisonjeros y obedientes, especialmente con los señores y reyes."

Palafox y Mendoza observó que los indios eran "ovejas mansísimas"---llenos de "humildad y respeto---devoción---piedad", que eran "tan fáciles y dóciles---y tan suaves a inclinar la cabeza al yugo", y que "Aunque en todas las virtudes son admirables los indios, en ninguna más que en la obediencia." Sí, los indios eran humildes, y con razón. De tiempos antiguos se enseñaron a tener respeto a sus superiores. Cuando vinieron los españoles los indígenas los creyeron superiores a ellos,---són, que eran dioses. Su religión los había enseñado que en cierto día, según su calendario, volvería su dios blanco, Quetzalcoatl. En ese día desembarcó Cortés con sus conquistadores en la tierra de México. Pero, cuando éstos mostraron que no eran sino conquistadores, y conquistadores humanos, los indios no permanecieron inertes ni humildes. Toda la ferocidad de su sangre se levantó y brotó el espíritu rebelde. Durante los años que siguieron a la conquista, el

sentido común les enseñó a los indios que deberían ser humildes. Las atrocidades de los españoles les daban miedo. Si querían vivir tenían que hacerse "la gente baja". Pero, muchas veces llegaban al punto de no querer vivir si tenían que someterse a los blancos. Entonces se sublevaron.

¿Era miedo una de sus características? Pues, tal vez miedo de ser borrados de la tierra; tal vez miedo de perder completamente su independencia,----esas tribus que habían sido independientes. Y este miedo les hizo sublevarse más de una vez. Se ha dicho que el miedo es la raíz de todas las guerras; verdaderamente lo era de muchas de las sublevaciones de los indios de México.

Por supuesto, los indígenas eran supersticiosos aunque ellos mismos no lo llamaran así. Cuando estudiamos la religión de ellos casi no podemos diferenciar entre su religión y su superstición. Cada cosa y cada hecho tenía su significación religiosa. Francisco López de Gomara escribió que eran "religiosísimos sobrenaturalistas" y dijo Francisco Javier Clavijero, "los mexicanos enseñaban a sus hijos juntamente con las artes, la religión, la modestia, la honestidad, la sobriedad, la vida laboriosa, el amor a la verdad y el respeto a los mayores." Los naturales creyeron que los dioses gobernaban la vida de cada individuo, y éste pasaba la vida satisfaciendo a los dioses. Como vamos a ver en los capítulos siguientes, la religión y la superstición eran causas de muchas sublevaciones. Y otra vez llegamos al espíritu rebelde. Los indios se rebelaron contra las cosas que trataron de quitarles sus creencias----sean religiosas o supersticiosas.

Se ha dicho que la raza india es una de las más vengativas del mundo. Según Francisco Cervantes de Salazar, los indios "son vengativos por extremo". También se ha dicho que los indios al vengarse hacen atrocidades imperdonables. Es posible que esta creencia tenga razón. Este espíritu vengativo hizo que la conquista fuera una cosa relativamente fácil para los españoles. Cuando estos vinieron, muchas tribus indígenas se aliaron con ellos para vengarse contra tribus enemigas. Después, demasiado tarde para guardar u obtener su independencia, volvieron su venganza contra los españoles. Algunas veces, sin otro motivo que vengarse los indios se sublevaron y cuando lo hicieron, las desgracias que ejecutaban eran terribles.

Como no sabe muy bien, el estoicismo es una de las características más notables de los indios. Tenemos muchos cuentos, como ese de Cuatemoc, que prueban este punto. Los indios aguantaban toda clase de tortura por sus conquistadores, pero nunca oímos cambiaran la expresión. Los españoles les quemaban los pies, los azotaban, y los torturaban de otras modos----siempre sin obtener lo que querían. Los indios pelearon estóicamente al defenderse contra los españoles, y después de la conquista, cuando los oficiales del gobierno los oprimían muchas veces, sin decir una palabra de queja, se sublevaban. Y aquí tenemos otra característica que se deba a esa rebeldía.

Parece que cada indio era aficionado a su tierra y a su tribu. Tanto quería a la hermosura de su tierra y las tradiciones establecidas en ella que le hizo combatir a fin de que les guardara, y después de la conquista a fin

de que las recobrara. De esta característica que es admirable y que nació de emociones buenas y naturales brotaban muchas veces alborotos terribles.

En casi todas las sublevaciones de los indios, cuando las examinamos bien, encontramos que en la base había una característica admirable que por causas muy razonables se convertía en el espíritu rebelde. Ahora, veamos estas causas que tan a menudo provocaban la rebeldía entre los indígenas de México.

Capítulo II

Causas de las sublevaciones.

Desde el principio habían muchas y terribles sublevaciones de los indios. Como he dicho, hay una opinión general que cree que, al largo período de la dominación española se caracterizaba por una paz imperturbable. Los relatos de rebeliones y tumultos ocurridos en México que comprende ésta tesis, destruyen esa creencia. Pero debía de haber habido causas para tantas manifestaciones del espíritu rebelde de los indios. Al principio, aunque tenían que someterse a los españoles y aunque se convirtieron muchos al cristianismo también, la mayoría de las tribus huyeron a las montañas o a los bosques para escapar de las crueldades de sus conquistadores. Después, cuando el gobierno colonial comenzó a explotar y ejercer tiranía into-

lorable sobre aquellos infelices, y cuando los primeros misioneros no tuvieron quienes imitaran su abnegada conducta, el odio oculto de los indios por la Conquista, se manifestó en protestas sangrientas y alborotos terribles.

Muchas y variadas eran las causas de estos acontecimientos, pero, si el indio no hubiera sido indio, y si el indio no hubiera tenido esa característica de rebeldía, no se habría levantado contra los blancos como lo hizo. En otras palabras, el carácter del indio no le permitió aguantar todos los abusos que se le impusieron sin alzarse.

Pudiéramos citar el trabajo como una de las causas de las sublevaciones: Trabajo. Largas horas de trabajo, en las minas, y también en la construcción de iglesias y otros edificios públicos. Muchos de los miserables fueron llevados a la fuerza a trabajar en las minas. Verdaderamente se hicieron esclavos. Los españoles podían haber comprado esclavos negros, pero no, preferían tener sus esclavos sin pagar nada. Si hubieran comprado esclavos, habrían tenido que velar por la vida de ellos, pero como la vida de los indios no valía nada para ellos los dejaron morir de hambre, de sed, y de debilidad. En esto encontramos otra causa de los motines. El hombre puede hacer toda clase de trabajo, pero si no tiene de comer, o de beber se pone casi como las fieras. Uno de los primeros frailes, Motolinia, dice en su "Historia de los Indios de Nueva España" que Dios mandó muchas plagas para castigar a los indios por su costumbre de sacrificio humano, y que el trabajo que tenían que hacer en las iglesias era una de ellas.

Otra causa de los motines era la aparente conversión al cristianismo de los indios y el apego que sus antiguos sacerdotes tenían al culto antiguo. Se halla esta entre los mayas, los tehuas, los chiapaneses y los tarahumares. Digo aparente conversión porque algunas veces el celo indiscreto de unos de los misioneros les hizo usar de la fuerza para traer a los indios a la iglesia. Aun amarraron unos cuantos y los cargaron de cadenas hasta que pidieron el bautismo. Seguramente que, ^{como} no eran verdaderamente convertidos ~~era~~ una tarea fácil para los sacerdotes antiguos incitar estos alborotos.

Los exorbitantes repartimientos exigidos por el gobierno Colonial sería otra probable causa de los alborotos. Se sabe muy bien que la mayor parte de los españoles que vinieron al Nuevo Mundo no vino a hacer domicilio, sino a sacar todo lo que pudiera y volver a España. Siendo esto la verdad exigieron tributo excesivo de los indios.

Y de esta causa brota otra: Cuando los indios no pagaban el terrible tributo exigido recibían el castigo que les deban sus dueños. Algunas veces les cortaban una oreja, una mano, o un pie; otras los azotaban fuertemente que los pobres quedaban casi muertos.

Según todo lo que tenemos a mano para leer, los misioneros que vinieron al Nuevo Mundo durante la primera parte del siglo XVI eran tan buenos, tan piadosos, tan cristianos que fueron recibidos por los indios muy bien. Los frailes como Fray Bartolomé de las Casas y Fray Toribio de Benavente (Motolinia) eran sinceros amigos de los indios y los trataban como hijos del Padre Celestial. Por eso

no había muchos en esa época. Pero en los dos siglos siguientes vinieron algunos eclesiásticos quienes maltrataban a los indígenas y los hicieron sublevarse contra la iglesia. Este tratamiento produjo dos efectos malos: Mucho del buen trabajo de los primeros padres fué borrado; y se despertó en los naturales el espíritu rebelde, lo que causó muchas atrocidades y muchas desgracias.

Encontramos que algunos de los alborotos se originaron en el deseo de los indígenas de recobrar su independencia y restablecer sus antiguas formas de gobierno. Naturalmente, el hombre que una vez ha experimentado la libertad siempre la anhela. Aunque el indio no tuviera libertad completa, se sintió más libre bajo el gobierno de gente de su propia raza. Varias veces los naturales se sublevaron con el motivo de quitar a los oficiales españoles y reemplazarlos con indígenas.

Otra vez volvamos a la iglesia. La iglesia siendo lo que es, cuando haya males, no puede hacer mas que tratar de corregirlos y reformarlos. Como he dicho los indios seguían practicando muchas de sus antiguas ceremonias en la iglesia católica. Unas de estas no les gustaban a los sacerdotes cristianos, y cuando ensayaban a quitarlos de la iglesia encontraban resistencia muy fuerte. Una cosa notable es que esta resistencia se halló entre las mujeres, y ellas incitaban a sus compañeros a alzarse. Es una verdad reconocida que las creencias de mujeres influyen a sus hijos mas que las de los hombres porque ellas crían a los niños. Por esto este espíritu de rebeldía contra reforma duraba por mucho tiempo en los corazones de los in-

dios.

Ahora nos falta una causa de las sublevaciones de los indios de México, Era una que no causó muchas, pero vale la pena de nombrarla. Algunos de los alborotos se originaron en catástrofes naturales. Uno que se originó en esto fué el que sucedió en la Ciudad de México en 1692. En ese año había una carestía en el valle de México, y al menor pretexto se provocaron los indios a sublevarse. Su hambre fué causa de que algunos echaran la culpa de la carestía a los españoles. De ninguna manera este alzamiento fué una cosa sangrienta y terrible.

Cuando estudiamos los muchos motines de México tenemos que hacer frente a esta verdad: Había alzamientos de los indígenas sin causa aparente. He dicho que la característica de rebeldía se encuentra entre todas las tribus de México, y puedo decir más; Entre unas razas éste espíritu rebelde es tan extremo que no lo es; es un espíritu guerrero que se ha expresado en levantamientos sin causa.

Si pudiera añadir una palabra personal yo diría que aunque muchas de las atrocidades sangrientas de los indios fueran imperdonables, se justificaron al rebelarse contra las muchas injusticias que sufrían.

En los capítulos siguientes voy a probar que la característica de rebeldía es general por todo México, contando las historias de las sublevaciones de tribus indígenas de todas partes del país.

Capítulo III

Sublevación de los Acaxees.

En el año 1501 hubo un alzamiento de los indios de Topia, un lugar situado a más de doscientas leguas al noroeste de México. Perteneció al entonces Reino de Nueva Galicia. La mayor parte de estos indios, los Acaxees no se habían convertido. Para evadirse de los trabajos de las minas y sacudir las crueldades de sus dueños, se vinieron todos juntos con motivo de acabar del todo con los castellanos. Hicieron todo lo que podían; sitiaron las minas, mataron, incendiaron muchas haciendas, y destruyeron iglesias, pero no les fué posible acabar con los defensores quienes resistieron con brío y pujanza heroica. A someter la sublevación vinieron soldados con el gobernador, Don Rodrigo de Vivero. Vino a pacificar a los indios también el Obispo Don Alonso de la Mota y Escobar. Los indios se retiraron a las alturas de las sierras y los soldados no podían hacerlos bajar. Preferían morir de hambre, gozando su libertad, a tener vida bajo los españoles.

El Obispo reconociendo la causa de la sublevación les envió embajadas dándoles a entender que él sabía las injusticias que habían sufrido y les mandó que abandonaran las sierras e hiciéssen la paz. También, les envió el Obispo como prendas que acreditáesen a sus mensajeros, una mitra y un anillo. Una mañana, de repente dos compañías de soldados dieron sobre los rebeldes, los cuales, por sorpresa no sabían que hacer. Alguien les aconsejó que sacasen la Mitra y el Anillo. Lo hicieron así y los españoles hincaron

ron la rodilla, besaron la Mitra y no hicieron daño a los indios.

Por la influencia del Obispo el Gobernador les concedió perdón a los indios y estos recibieron mejor tratamiento de sus dueños.

Como estos indios fueron llevados a fuerza a trabajar en las minas y allí no fueron más que esclavos, era extraño que los vejados y oprimidos se alzaran contra su "Rey y Señor natural".

Capítulo IV

Los alborotos en el Estado de Jalisco.

Durante el siglo XVI en el territorio que ya es el estado de Jalisco había muchos motines entre los pueblos indígenas. En la primera parte del siglo los indios de la villa de San Miguel se sublevaron a causa de las crueldades del Justicia Mayor, Diego Fernández de Fresno. El Alcalde, Pedro de Bobadilla con lebrales buscaba en los montes a los indios que allí se habían retirado y los cazaba como fieras despedazándolos horriblemente. Este -- cruel alcalde fué substituido por Cristóbal de Tapia quien con moderación y templanza estráa y pacificaba a los rebeldes.

En estos días también hubo levantamiento de los indígenas del pueblo de Piaxtla. Unos españoles en busca de víveres aprehendieron a cincuenta indios y los encerraron.

Estos se amotinaron y al huir los españoles prendieron fuego a la casa. Algunos indios se escaparon. A la mañana siguiente los españoles fueron acometidos y nada más dos se salvaron. Estos dieron aviso y se mandaron veinte de a caballo a castigar tal osadía. Fueron atacados con furia y casi todos perecieron. Los asaltantes llegaron hasta la villa a la cual prendieron fuego, retirándose en seguida.

Otra sublevación fué en el año de 1535; fué la de los indios de Purificación y Valle de Banderas. El Gobernador salió para allá, en donde, ocupado en la pacificación, permaneció varios meses. Al fin los pacificó y los hizo jurar fidelidad al rey. En este año se sublevaron también los caccones, tecuezes, y los tzacatecas. Pero pronto fué sometido este alzamiento.

A mediados del año de 1539 los naturales sintieron un descontento muy grande. Empezaron a comprender la estabilidad del dominio extranjero que les privaba de su autonomía y se sentían oprimidos por el tributo. Este descontento estalló en una insurrección. Los indígenas de Coaxicori, aliados con los de Ahucetlan, Xextotipaquitl y Xocotlan, bajo el mando del cacique Coyotl se fortificaron en las inmediaciones de Nochitiltic. Había 300 españoles contra 1000 indios. El Gobernador les hizo varios requerimientos de paz, a los cuales los indios contestaron que morirían mejor que soportar su dominación.

Los españoles a causa de la superioridad de sus armas, de la táctica y de su disciplina les hicieron retirar a los indios, los cuales continuaban preparándose a probar

fortuna. Por fin, se suprimió la sublevación.

El año 1540 vió el principio de una sublevación que se llama la Guerra Nixton. Las causas que dá el Doctor - Arthur Scott Aiton para este alzamiento son las siguientes: el descontento general causado por la esclavitud y maltrato de los naturales; la crueldad de los encomenderos; la ausencia de suficientes fuerzas para mantener el orden; y la introducción de una nueva religión traída por unas tribus de las montañas de Tepeque y Zacatecas las cuales aconsejaron a los pueblos de Tlaltenango y Suchipila que se quitasen el yugo del gobierno español y su religión.

La cosa que dió principio a la revolución era esta: Un día los indios de un pueblito, Tlaxicotsineo, bailaban al rededor de un calabazo cuando una ráfaga de viento arrebató a éste del suelo. Una hechicera les hizo creer que era señal que con esa misma facilidad ellos podrían arrojar de la tierra a los españoles. Este incidente instigó el fuego de una insurrección que se extendió de Tepac a Tlaltenango, Xochipila, Xocictlan, y Teocaltech. Coaxicari fué el jefe en el oeste y Tenamextli en el norte. El Gobernador Oñate (Funcionando en la ausencia de Coronado) mandó una fuerza capitaneada por el Capitan Miguel de Ibarra a pacificar a los rebeldes. Primero les hizo una intimación pacífica, pero los indios se negaron. El próximo día los indios bajaron de su colocación en un cerro en número increíble. Arremetieron con tal furia al campamento español que los conquistadores tuvieron que huir. Los pocos que escaparon se retiraron a Guadalajara.

Inmediatamente el Gobernador mandó a un mensajero a

México a pedir socorro al Virrey Mendoza. Este porque no tenía tropa suficiente en México contestó diciéndole que se dirigiera a Pedro de Alvarado, Adelantado de Guatemala, que se hallaba en el Puerto de Navidad pensando emprender una expedición marítima. El Virrey envió orden a éste que no prosiguiese su expedición sin antes pacificar la Nueva Galicia.

Entre tanto los indios iban saqueando pueblos, y quemando las provisionales iglesias. Aún daban muerte a Fray Antonio de Cuellar, Guardián del Convento de Etzatlán, -- quien lleno de caridad, procuraba por medio de la predicación evitar aquella sangrienta guerra.

Alvarado llegó el 12 de junio a Guadalupe. Dijo al Capitán Ibarra que su gente "bastaba para vencer a los indios porque estaba acostumbrada a comandar a los indígenas de México y Guatemala." Marchó Alvarado con cien españoles y 5,000 auxiliares, pero su gente no bastaba para derrotar a los 15,000 indios. Tuvieron que retirarse, y en el retiro sufrió Alvarado un accidente del cual murió.

De los cien españoles murieron treinta; de los demás solamente doce de los más valientes se quedaron para unirse con la pequeña fuerza de la ciudad en defensa de Guadalupe. Oñate avisó al virrey detalladamente lo ocurrido. Sin pérdida de tiempo éste mandó allí un refuerzo de sesenta soldados de caballería.

El 28 de septiembre una muchedumbre de indios atacaron esa ciudad, que por estar rodeada de fosos y murallas, era posible que los ochenta y siete soldados con sus cañones y artillería la defendiesen. Los indios decidieron

que allí los obligarían a morir de hambre encerrados en su fortaleza. Después de unos cuantos combates fuera de la ciudad de los que salieron las fuerzas del gobierno muy desanimados llegó el virrey Don Antonio de Mendoza con trescientos jinetes, trescientos infantes, ocho piezas de artillería y veinte mil indios.

En el camino, a Coynan tuvo lugar un combate de que los indios se retiraron a un lugar llamado el Peñon de Nochiatlan, o sea el Mixtoll. El próximo día llegaron a juntarse con el virrey el Gobernador Oñate y cincuenta soldados. Salieron para el famoso Peñon, y el Capitán Ibarrales ofreció a los indios un requerimiento de paz, al cual recibió esta contestación del admirable y bélico escudilla, Tenamaxtli, "Yo también os requiero para que os volváis a vuestra Castilla, pues nosotros estamos en nuestras tierras.

Combatieron durante seis días. El octavo día los españoles se apoderaron del Peñon, los rebeldes huyeron por todas partes, muchos a San Cristóbal. El virrey se dirigió para ella, pero antes de llegar hizo alto y mandó a los Capitanes Cristóbal Romero y M. Ibarra con doscientos españoles y mil auxiliares a ocupar el Peñon. Romero habló con el cacique y le avisó que si continuaban la guerra no le daría otro resultado que el de ser llevados, él y sus compañeros, a México como esclavos. Cuando llegó Oñate halló la posición desierta. Se indignaron los españoles mucho porque aquella fuga les privaba de muchos esclavos. El virrey condenó a muerte a Romero y entonces continuó su persecución de los indios, para castigar a ellos y a

hacerlos verdaderamente sumisos, él y sus soldados ejecutaron tales atrocidades como las siguientes; a algunos les cortaron los pies, les marcaron la nariz, les crejaron, o les pecharon; a muchos los ahorcaron; a otros los ahorcaron; y a otros los harraron. Esta persecución era una cosa terrible; se cree que en muchos casos las atrocidades de los españoles sobrepusieron a las de los indios. Finalmente el virrey dejando tranquilos a los españoles y espantados a los indios se volvió para México.

En 1584 los indios de Guaynamota se alzaron. Mataron a los Padres Fray Andrés de Ayala y Fray Francisco Gil. Se dice que cocieron y comieron esas santas cabezas. Estos salvajes invadieron los pueblos cercanos haciendo huir a los españoles y a los naturales convertidos.

El Presidente Orozco organizó doscientos castellanos y mil indios auxiliares, que atacaron a los rebeldes por varios rumbos. Los sometieron, ahorcaron a algunos, desollando a algunos, y a otros haciéndolos esclavos.

En 1593 estalló una nueva insurrección de los indios cerca de Acaponeta. Fue motivada tanto por los móviles ordinarios de las encomiendas como por la escasez de viveres. A esta región el Gobernador mandó una fuerza y algunas cargas de maíz. Esto no logró otra cosa que el remontamiento de los insurrectos a las sierras vecinas. Para facilitar la pacificación se fundó un pueblo de españoles en Acaponeta.

Una sublevación que brotó de una mezcla de idolatría y cristianismo sucedió en el año 1610 entre los tepahuasas. El jefe de este movimiento era un caudillo anónimo

que era más idólatra que cristiano; al mismo tiempo era - idólatra, cristiano, hechicero, e iconoclasta. Apareció de Nuevo México en la tierra de los tepahuasas quienes habían respetado el cristianismo con paz, quietud y veneración. Era un caudillo que pasaba por esa tierra declarándose libertador, Hijo de Dios y hechicero. Hacía muchos milagros, y estos y sus palabras elocuentes le ganaron la fe de la gente. Seguía caminando de pueblo en pueblo propagando el incendio de la insurrección despertando en los corazones de los indios el deseo de exterminar a los castellanos, y de quitar del país la cristiandad.

Este odio se ocultó por los indios con el mayor secreto como les había recomendado el caudillo. Esperaban el momento en que llegara la hora señalada para el levantamiento. En los corazones de hombres, mujeres y niños se inyectó este odio causado por este caudillo, más pagano - que cristiano.

Por fin, la conjuración prendió de repente e hizo una explosión tremenda. La guerra fué exterminadora. Jamás había habido una sublevación más terrible, más sangrienta, ni más ominosa. Como su jefe sobrenatural les había prometido resurrección los indios pelearon sin miedo alguno. Pero después de dos meses, cansados, asolados con tantos muertos y decepcionados, pidieron y obtuvieron paz.

Esta conflagración fué la obra de ese caudillo anónimo, indio misterioso de Nuevo México, ésta persona que era tsamaturgo de la libertad, no cumplió su promesa de resucitar a los muertos, pero consiguió que viviesen sus ideas. Porque sus ideas de libertad y religión encontra-



ron lugar en los corraones de muchos indios por todo el país.

En 1704 los indios del pueblo de Nostic se pusieron en comunicación con los de Colotlán. Se declararon cansados del tratamiento de su encomendero; lo prendieron y lo mataron cruelmente. Los vecinos españoles se retiraron a Tlaltenango y pidieron auxilio de Guadalajara y de Zacatecas. De estos lugares salieron centenares de fuerzas a socorrer a los de Tlaltenango que estaban ya sitiados por 4000 rebeldes. Los españoles con la ayuda de un indio fiel Calderilla consiguieron en poner en fuga a aquella muchedumbre. Con la llegada de los auxilios de Guadalajara y Zacatecas la sumisión de los indios fué completa.

En 1801 en Tepic, un indio llamado Mariano dirigió una insurrección. Pretendió restaurar la Monarquía de Motecuhzoma y coronarse rey. El Gobernador Abascal mandó tropas a las órdenes de Don Salvador Hidalgo y Don Leonardo Pintado quienes derrotaron a los insurrectos capturando a cien de ellos. Llevaron a los prisioneros a Guadalajara y con eso quedó pacificada la insurrección.

En 1812 tuvo lugar una sublevación general de los indios de todos los pueblos ribereños del lago de Chapala. El alzamiento se originó por que un fugitivo rebelde el Capitán Encarnación Rosas se hallaba en la Isla de Mexcala. Fué a aprehenderlo Don Vicente Iñiguez. Aquella persecución fué señal del alzamiento de los pueblos ribereños. Iñiguez encontró fuerzas más poderosas que las suyas y tuvo que retirarse a Totitlán. Allí se rehizo con una fuer-

za del Comandante Don Rafael Hernández. Rosas y otro Capitán, José Santa Ana, con 4000 hombres fueron allí a buscarlos, y después de pelear muchas horas ganaron un nuevo triunfo.

De aquel combate los indios sacaron muchas armas y municiones. Entonces partieron para otros sitios a levantar mas gente y como Rosas era muy popular logró hacerlo.

Entre tanto los españoles habían recibido unos refuerzos al mando del Comandante Don Manuel Alvarez, hombre conocido por sus crueldades.

El 26 de noviembre los indios ganaron otra victoria, recogiendo otra vez municiones, cañones y sables. Pero Alvarez logró escaparse con una herida en el cuello.

Los rebeldes escogieron por centro de defensa la Isla de Mexcala, que por su aislamiento se prestaba muy bien para aquel propósito. Un grupo de españoles capitaneado por el Teniente Coronel Don Angel de Linares se embarcó y pretendió hacer un reconocimiento. Los indios se lanzaron en las canoas; solamente el Capitán Don Juan Galli y unos cuantos soldados se escaparon; Parecieron más de sesenta; y Linares cayó prisionero y en castigo de sus crueldades fué ahorcado.

Esos españoles que sacrificaban a los prisioneros a millares calificaban ahora de feroces a los que seguían su ejemplo. Reclamaban vengenas.

Los españoles, aunque no se encontraba en los corazones el heroísmo de pasados tiempos, eran descendientes de los conquistadores; los indios eran descendientes de Cua-

tenos. Esto quiere decir que las fuerzas de cada lado - eran valientes, fuertes y valerosos. Los españoles ofrecieron a los indios una paz ventajosa y recibieron por contestación " Que corra la sangre "; Y corría bastante sangre. Al principio parecía que los indios salían de su sublevación con éxito, pero después del grito " Que corra la Sangre " los españoles organizaron una flota con la que bloquearon a los indios. Este bloqueo, con la destrucción de todo lo que necesitaban los indios para continuar su sublevación,----sus sembrados, los ranchos, los depósitos de cereales y centros de producción o de comercio---- y una epidemia que quitó la vida a muchos de los sublevados apresuraron el término de ésta sublevación. El 25 de noviembre de 1816 se firmó la paz siguiente: 1o., Los insurgentes se obligaron a entregar la fortaleza y a vivir en paz; 2o., El jefe les garantizaba la vida, la completa libertad, y seguridad personal; 3o. Les prometió la devolución de todos sus pueblos, y hogares reedificados; 4o. Les exceptuó absolutamente del pago de tributo; 5o. Les repartió buen número de yuntas de bueyes, de tierras de labor y de semillas; 6o. Y, le concedió a Santa Ana el cargo de Gobernador de la Isla.

Este pacto se firmó por Santa Ana y el General Cruz. Por él podemos ver el cambio en el carácter y tendencias del gobierno español. Pocos años antes no habría nunca consentido en una rendición condicional, sino que habría exigido el fusilamiento de todos los prisioneros.

Después de esta ojeada de las sublevaciones de los

indios del Estado de Jalisco no podemos decir sino que entre ellos el espíritu rebelde era muy fuerte.

Capítulo V.

Sublevaciones en el Istmo de Tehuantepec.

Durante el siglo XVII hubo muchas sublevaciones en el Sur de México. En el año 1660 hubo una en la Villa de Guadalupe, provincia de Tehuantepec, contra el Alcalde Mayor, Don Juan de Avellan. Buena causa tenían los indios en esta ocasión porque el alcalde agobiaba a éstos con exorbitantes repartimientos y exigía innumerables mantas cada mes. El rigor del castigo que les imponía era en extremo fuerte, y ni así conseguía hiciesen lo que él mandaba. Para vengarse y buscar remedio a tales vejaciones se juntaron los indios y se efectuó un motín. En pocas horas solo los cadáveres del alcalde y otros tres hombres que los amotinados mataron yacían en la plaza. Los indios saquearon todo el pueblo, quemando, robando y destruyendo. Entonces formaron un cuerpo de guardia y las nuevas autoridades dirigieron una carta al virrey de la Nueva España diciéndole las causas que había motivado el levantamiento lamentando las desgracias sucedidas y declarando su obediencia a su Rey y Señor. El Virrey prudentemente observó con los sublevados cierta benevolencia y lenidad y -

mandó al Obispo de Oaxaca a hacer la paz. El buen Obispo emprendió el viaje y a pesar de muchas dificultades llegó a los campos vecinos de Tehuantepec. En esta ocasión como en el episodio de los indios de las minas de Topia, un Obispo, sin armas efectuó paz entre los sublevados y el Gobierno.

En esta parte de México hubo otras sublevaciones de los indios. Se alzó una en Nejapa en el año de 1660. Este tumulto tuvo origen en que un Gobernador indio, Don Pascual de Oliver, había sido maltratado por un religioso, y fué dirigido contra la iglesia y contra los españoles. El nuevo Virrey, el Conde de Baños, nombró a Don Juan Francisco Montemayor de Cuenca, del Consejo Real, y Oidor de la Audiencia de México, Juez para pacificar a los indios y suprimir los alborotos.

Para suprimir éstos, muchas sentencias duras se impusieron a la gente. Por ejemplo, el Oidor dió sentencia de muerte contra los culpables, condenándoles además a que fuesen hechos cuartos, y éstos colocados en los caminos reales. Otros fueron condenados a que perdiesen varias partes del cuerpo---una oreja, una mano, o un pie.

Como el Gobernador Indio, Oliver, murió en la cárcel, su memoria fué condenada como infiel a su Rey y Señor, y sus casas derribadas y sembradas de sal. En él, el Oidor quería hacer un ejemplo.

Hubo otro alboroto en un lugar llamado Ixtepeji. Siendo motivo las vejaciones, agravios, u repartimientos de su Alcalde Mayor, Don Juan de Reinoso, que sin duda

fueron excesivos, los indios decidieron amotinarse contra él cuando la oportunidad se les presentase. Muy en breve esto pasó. Diego Hernández, Alcalde del pueblo de San Mateo Calpulalpa y su hijo, por no pagarle al Alcalde Mayor sus repartimientos, habían sido condenados a la cárcel. Un Teniente fué enviado a aprehender a los susodichos. No los encontró en su casa, pero aprehendió a su mujer quien empezó a dar grandes voces. La gente del pueblo la oyó y se alborotó. Libertaron a la mujer, y como el número de los sublevados crecía cada instante huyó el Teniente, pero le siguieron y cayó en manos de los indios quienes le maltrataron y le dejaron como muerto.

Por supuesto los indios creyeron que el Alcalde Mayor iría a castigarles. Por eso se armaron y se prepararon a atacarle cuando viniera. Pero, imaginando lo que iba a sucederle no vino el Alcalde.

El Gobernador indígena rehusó secundar las miras de los insurgentes y por eso, llamándole amigo al Alcalde Mayor quien no quería favorecer a los indios, le maltrataron y le desterraron.

En Teococuilco hubo otro motín. El Alcalde Estéban de Alaves, no siguiendo las órdenes de la gente, encarceló a varios líderes de los indios. Los indios se sublevaron y le obligaron a encerrarse y saltaron a los presos. Su jefe era Tomás Bautista.

La mayor parte de los reos complicados en los alborotos de Ixtepeji y Teococuilco fueron sentenciados a cien azotes, destierro, servicios en minas o en lanchas. Los

condenados a la muerte fueron Diego Hernández y Tomás Bautista.

En Villa Atil, inducidos por el deseo de hacer rey el antiguo Rey de los Zapotecas, Conjun, quien creían había permanecido encantado en una laguna y había salido, los indios se sublevaron bajo Melchór de Avila, cacique de Ayacaxtepec, y Juan Ambrosio, Alcalde de Coatepec. Los indios aclamaban y proclamaban al cacique Avila, Capitán y Señor. Decían que como los indios habían estado sujetos a los españoles, ahora los españoles iban a estar sujetos a los indios.

Los culpables de estos sucesos eran Melchor y Ambrosio los cuales fueron condenados a azotes y destierro.

De estas sublevaciones dice el famoso historiador,-- Luis González Obregón en su libro, "Las sublevaciones de los indios en el Siglo XVII." "Las sublevaciones y motines de los oaxaqueños en 1660 tendieron a sacudir por lo pronto el yugo de los alcaldes castellanos, y estos excoleadores dieron a aquellos motines proporciones mayores de las que asumieron en un principio, pero las sublevaciones posteriores sí son hechos elocuentes de los abusos que se cometían por las autoridades, el odio latente de los sojuzgados, y de la ansiedad lenta, sufrida y creciente por obtener su libertad e independencia, que hasta entonces se hallaban encantados en los lagos de sus leyendas, como el Zapoteca Congún desde los tiempos de la Conquista."

Capítulo VI

Las Sublevaciones de los Tarahumares.

Una de las tribus belicosas del norte de México es la tribu tarahumara. En apariencia se habían sometido a la voz piadosa de los misioneros cristianos, pero de improviso se sublevaron, matando, destruyendo e incendiando. La causa? Parece que la causa de más importancia era el celo indiscreto de algunos de los misioneros, que en vez de atraer a los indios que no habían sido convertidos con palabras y persuasión de la verdad, usaron fuerza para reducirlos. Esto irritó mucho a la Nación porque no estaban acostumbrados a tal tratamiento. Los unos recurrieron a las armas, los otros se refugiaron en los montes, y la palabra de sublevación se pasó entre los tarahumares. El celoso clérigo se salvó por la fuga, pero su imprudencia prendió un incendio que no se pudo apagar en muchos años.

En esto encontramos el origen de una enorme revolución contra las misiones de Sonora y Tarahumara. Apareció a dirigir ésta sublevación el cacique Corosia quien les prometió a los indios que los ayudaría contra las violencias de aquel imprudente clérigo y los soldados que lo acompañaban. Este hombre siempre había sido enemigo de los cristianos y de los españoles; era de genio feroz y revoltoso.

Esta sublevación sucedió en 1684. En 1670, después de veinte años de combatir con los españoles, los tarahuma-

res habían hecho la paz. Corosia les recordó de esas paces hechas con tanta solemnidad por los españoles. Habían convenido en dar a los indios tratamiento humanitario. En 1684 éste cacique les aconsejó que acabasen con todos los españoles. Los discursos Subversivos de Corosia y sus partidarios, que no eran pocos, pasaron como electricidad de tribu en tribu, aún a las más remotas. Los tarahumares eran los propagadores de la insurrección. Ellos con sus aliados se juntaron en un sitio inmediato llamado Casa Grande. Allí acordaron la manera, lugar y fecha de comenzar las hostilidades.

Aquella junta no se mantuvo con secreto. Lo supo un Cura del partido de Santa María Baserooca, Juan Antonio Estrella, y lo puso en conocimiento de las autoridades. Pidió socorro en nombre de Dios y del Rey para que se viniese a sofocar en sus epígonos ese levantamiento; iguales solicitudes vinieron de otros puntos.

Las autoridades no contestaron en más que palabras, consejos y excusas. Durante seis años no cesaron las juntas de los indios ni las hostilidades. Invadieron haciendas, minas y misiones sin hallar la menor resistencia. Al fin sus ataques, incendios, etc. pasaron hasta los límites septentrionales de la Nueva Galicia.

Entonces fué cuando el Gobernador mismo, y los capitanes de los presidios reunieron tropas y salieron en busca del enemigo. Salieron con pocas tropas con la esperanza de aliarse con muchos indios amigos en su trayecto y marcharon sin perder tiempo sobre Yepomers, lugar en que el in-

endio de la rebelión era voraz y asolador.

Un misionero, allí residente, el Padre Juan Ortíz de Foronda no había abandonado su rebaño, confiando en su Dios y su Rey y determinó ^{^ y protegerlos} acompañarlos hasta morir. Cuando entraron los insurrectos en el pueblo su choza fué la primera que tocó su antorcha. Cuando él apareció a exhortarlos lo mataron con una granizada de flechas envenenadas. Ese mismo día murieron otros a flechazos.

Ante las tropas del Gobernador los amotinados huyeron a los montes después de haber perdido algunas cuadrillas que habían caído en manos de los españoles. Pero aquella sublevación, tanto tiempo preparada no se sofocó con las armas solas, sino con el trabajo ferviente y suave del Padre Juan María Salvatierra.

Este venerable había sido nombrado Visitador de las misiones de Sonora y Sinaloa. El coenzó su visita por Tarahumara, en donde había sido el alzamiento, sin aceptar el ofrecimiento del Gobierno de escolta de soldados, diciendo que su misión era cosegar y reconciliar a los indios con cariño, lo cual no podía con la comitiva de soldados. Se fué, pues, solamente con sus indios amigos, y cuando los insurrectos, al principio temerosos de castigo, encontraron que el Padre no llevaba armas de guerra, se mostraron y le ofrecieron obsequios, flores, etc. como si tal alzamiento no hubiera precedido. Les prometió que alcanzaría el perdón del Gobernador para ellos.

En 1695 los belicosos y tenaces tarahumaros se alzaron de nuevo. Esta guerra duró dos años durante los cuales los

indios mataron a muchos españoles, incendiaron iglesias católicas, e insultaron y profanaron las imágenes.

Al fin del Siglo XVII cuando los buenos Obispos y celestos misioneros no podían ir sin más armas que el báculo - pastoral o el bastón de caminante a mantener paz entre aquellas tribus, vinieron las tropas castellanas quienes con crueldad e impotencia las redujeron y poblaron los dedieros con los esqueletos de aquellos en que no podían someter el espíritu rebelde. Pero más que por la fuerza y armas, se apagó el incendio por el esfuerzo apacible y bienhechor de algunos santos misioneros. Pero cuando habían heridas y eran desgarrados por los verdugos que se cubrían con el sayal de apóstoles se sublevaban otra vez.

Capítulo VII

Alboroto de México.

En el año 1692 ocurrió un suceso importante en México. La raíz de este alboroto se puede encontrar en el hambre y falta de pan. En México, la ciudad y los alrededores, hacen tres cosechas de maíz al año; una corta en mayo, una mediana en junio, y una abundante en octubre. A causa de inundaciones fuertes no hicieron los indios la cuarta parte de su cosecha---la que debía haber sido más abundante. Por eso, a causa de la falta de grano y los precios tan caros del que podían obtener, los panaderos dejaron de cocer pan. Esto levantó un pánico en la ciudad. El Virrey de

Nueva España, Conde de Galve, notificado de la falta de pan, hizo todo lo que pudo para ayudar a su gente. Logró obtener grano en los pueblos cercanos y se lo dió a la gente pobre.

El seis de junio, dos días antes del suceso, no quedaron más que trescientas fanegas de maíz del día anterior. Tantos indios, malatos, y mestizos acudieron a obtener su porción de grano que se ahogó una niña que traía su madre. El día siguiente hubo mayor concurso y con el ejemplo de la criatura fingieron muertos de la apretura de la muchedumbre y empezaron a quejarse del maltrato de los que repartían el maíz.

El enojo de los indios crecía y se empezaron a agregar en la plaza, amenazando con piedras los balcones del Palacio. Cincuenta indios y algunos malatos y mestizos dieron principio a este atrevimiento; dentro de un cuarto de hora fueron millares, los que acudieron de los barrios de México. En la plaza no hallaron más oposición que la de tres o cuatro criados del Virrey, un ayuda de cámara, y estorces o quince soldados de la Compañía de Palacio. Estos trataron de dispersar a la muchedumbre sin éxito. El señor Arzobispo, padre de los pobres, con la primera noticia del alboroto salió de su casa en coche con su crucero delante, los cuales le quitaron casi inmediatamente y sin éxito, tuvo él que volver a su casa.

Los soldados del palacio trataron de defender el Palacio, pero, aunque mataron como a veinte de los tumultuosos e hirieron a muchos eran poco el número para aterrar a la gente enardecida y ciega con la furia de su herrachera.

Los amotinados encendieron el Palacio y otros edificios públicos y casas de españoles nobles.

En medio de este tormento hubo una dicha. El Virrey había salido aquella mañana al convento de Santo Domingo, y por la tarde al de San Agustín y San Francisco. Su primer ímpetu fué salir del convento e ir a la plaza a fin de que pudiera calmar a los amotinados, pero como tenía consigo solamente tres o cuatro criados se aquietó y justamente, porque rara vez ha surtido buen efecto exponer la cabeza que gobierna a discreción de un pueblo sublevado, especialmente un pueblo de la disposición de los indios mexicanos. Se había quitado la vida de una pedrada a su propio Emperador Moctesuma cuando salió a una ventana a asegarlos en un motín?

La señora Virreina también había salido aquella tarde a visitar a Nuestra Señora de los Remedios. Al regreso, venía por la calle de San Francisco que desemboca en la plaza cuando dos buenos hombres la detuvieron y le avisaron del riesgo que corría. Ella fué con la parte de su familia que la acompañaba al convento de San Francisco.

Las demás mujeres de la familia del Virrey, cuando empezó el fuego y se vieron cercadas de enemigos por todas partes se refugiaron en unas casas accesorias y últimamente pasaron de éstas a las arcebispeles y en ellas pasaron la noche.

Casi todo el Palacio se destruyó en el incendio. Los mercaderes perdieron más de quince mil pesos. Las casas del Cabildo también fueron arruinadas. Prosiguiendo estos

sucesos entró en la plaza la comunidad de los padres de la Compañía de Jesús, del colegio de San Pedro y San Pablo, llevando por caudillo un Santo Cristo crucificado. Entraron a la plaza cantando sus oraciones, y aunque al principio recibieron un diluvio de piedras, los que pudieron penetraron en la plaza, y ya con amenazas de parte de Dios, ya con halagos, condujeron mucho a la quietud de la gente. Les hicieron a unos que apagasen el fuego, donde no se había cobrado del todo, y obligaron a otros que saliesen de la plaza de que estaban apedreados. Cuando vino el Conde de Santiago con sus pocos soldados a dispersar a los amotinados ya se habían desembarazado.

Al día siguiente salieron el virrey, la virreina, los nobles de la ciudad y algunos soldados del convento. Dieron vuelta a la plaza con universal aplauso y regocijo de los buenos y leales.

Se formaron algunas compañías voluntarias, compuestas de 4,500 hombres, incluyendo 300 caballos y 4000 infantes. Se pusieron guardias todas las noches por toda la ciudad.

Estos dieron principio a hacer justicia en los culpables, haciendo pases como setenta. Arcabuzaron a cuatro, ahorcaron algunos y azotaron a muchos.

El 16 de junio, día en que empezaron los inlistados a hacer justicia, con el ejemplar de México recibieron palabra en la ciudad de que algunos pueblos de la jurisdicción de Tlaxcala se habían amotinado. Obligaron al Alcalde Mayor a salir. El con algunos que le acompañaban mataron hasta cuarenta indios. El Virrey envió socorros de ca-

ballos de la ciudad y mandó que enviásen tropas del presidio de Veracruz contra los tlaxcaltecas. Pero, estando los caciques y nobles de Tlaxcala de parte del Alcalde Mayor se acabó el tumulto con la misma furia con que empezó.

El correr la voz de odio contra la persona del Alcalde fué la causa del motín. Por eso el Virrey le hizo retirar de su jurisdicción, pero porque presentaron los mismos tlaxcaltecas una petición, y porque no había causa grave contra él, habiéndose portado con valor en la ocasión, se le restituyó el bastón.

Capítulo VIII

Subelevaciones en la Región de Chiapas.

Ha habido cuatro sublevaciones de los indios de Chiapas. La primera estalló en 1554 a causa de la imposición de tributo. Los vecinos de los pueblos encomendados de Chiapas se negaron a pagar el tributo a sus encomenderos que vivían en la villa de Huatuscalco. Repetidas veces se les llamó de paz para que se prestasen al Capitán Luis Marín en aquella villa y los indios no hicieron caso de los llamamientos, ni tenían en nada a los mensajeros. El Capitán mandó a cuatro españoles y a ocho indígenas para que los atrajesen pacíficamente y les indicasen la obligación que tenían de pagar el tributo a que estaban obligados. Llegaron al pueblo de Estepa que encontraron sin habitantes pero con bastantes víveres. Pronto se hallaron atacados por un ejército de chiapaneses, los cuales venían

armados de toda clase de armas indias---vara tostada con sus tiraderas, arcos, flechas y lanzas.

Como los españoles estaban preparados antes que llegasen los chiapaneses salieron al encuentro. La batalla duró toda la tarde, y al anochecer se retiró el ejército indígena. Se hallaron solamente dos españoles muertos y quince heridos; y de los indigenas quince muertos y muchos heridos. Entre los heridos indigenas habian dos principales que declararon que toda la tierra estaba en armas para acabar con los españoles al día siguiente.

El Capitán dió la orden que deberían observar en la pelea, la misma táctica que se había usado en las guerras de la conquista: que los de a caballo debían pelear de cinco en cinco, procurando siempre herir al enemigo en la cara hasta que los contrarios estuviesen en fuga, porque de otra manera no podría evitarse que cayesen unos seis o siete indios sobre uno de a caballo y se lo llevases a sacrificarlo al día siguiente.

Al día siguiente salieron los expedicionarios para la ciudad de Soconusco que era el foco de la sublevación, y en la que se creía que estaban reunidas fuerzas de los pueblos confederados de la Provincia de Chiapas. Les encontraron, y después de una batalla tremenda, bien descrita por Bernal Díaz quien estaba presente, huyeron los indigenas.

Creyendo que, escarmentados como estaban los indigenas, no volverían a reunirse aquel día, el ejército español continuó su camino con menos cuidado, pero al voltear los cerros se encontraron con otros batallones más numero-

ses que los que habían peleado antes. A más de las armas acostumbradas traían sogas para lazar a los caballos, y en muchas partes habían tendido redes para entorpecer las maniobras de la caballería. Traían también ídolos de piedra y aún una india muy gorda que tenían por diosa y adivina. Ella había ofrecido victoria a los chiapaneses pero la promesa salió contra producente. Los indígenas peleaban con bastantes osadía, y creyendo en las promesas de su diosa se metían en la batalla sin ningún cuidado. Los expedicionarios luego que conocieron el peligro en que estaban se pusieron en el mismo orden que en la batalla anterior, y poco a poco rompían los batallones indígenas hasta ponerlos en fuga.

Después de la batalla se revisó el campo y encontraron que tenían dos soldados muertos y cinco caballos, y muchos muertos y heridos del contrario.

Se fueron a pesar la noche en un pueblo en la margen derecha del río Grijalva. Un poco después de media noche los celadores vieron venir unas canoas en las cuales habían unos indios que querían ayudar a los españoles. No eran chiapaneses, sino que eran de Jaltepeque, provincia conquistada por los feroces chiapaneses. Con la ayuda de estos amigos que les prestaron canoas y les mostraron un vado, y después aún les ayudaron a pelear, los expedicionarios pusieron al enemigo en fuga casi inmediatamente. Acompañado de sus soldados y los guerreros y habitantes de los amigos, el Capitán marchó sobre la ciudad de Socon.

Secten estaba situado en la izquierda de la margen del río Grijalva y en esa época tendría cerca de cinco mil habitantes. Los expedicionarios entraron en este pueblo sin molestias. Hallaron tres cárceles llenas de prisioneros, los cuales fueron librados por el Capitán Marín, y unos idolatorios en que estaban muchos ídolos, indios y sacrificados.

El Capitán ordenó una reunión de los caciques y guerreros, y demandó que prestasen obediencia a la majestad española. Lo mismo demandó el Capitán de los habitantes de los demás pueblos de Chiapas. Estos se sometieron voluntariamente a los mandatos de él.

Pero éste no concluyó la primera sublevación de los indígenas de la provincia de Chiapas. Dentro de cinco días el Capitán tuvo que marcharse al pueblo de Chamula a socorrer a los indios. Mientras que él concluía sus trabajos en Secten un soldado español y ocho mexicanos se fueron sin permiso a demandar oro al pueblo de Chamula en nombre del jefe. Los indios no les daban bastante y aprehendieron al cacique. Esto indispuso el ánimo de los vecinos del pueblo y trataron de concluir con aquellos extranjeros.

Luego que el señor Marín tuvo noticia de lo ocurrido aprehendió al soldado español y lo envió a México para que lo castigara Cortes. Por mensajeros trató de hacer la paz con el pueblo de Chamula; pero la contestación no fué nada satisfactoria. Al mismo tiempo se alzó el pueblo de Huixtlan.

Para combatir a los nuevamente sublevados el Capitán

obtuvo ayuda de los caciques de Sinacatán y de Socton. Con este auxilio los expedicionarios marcharon a Chamula.. Todavía, los chamulas no querían hacer la paz. Su pueblo estaba rodeado de una fortaleza con una extensión de una legua. La fortaleza estaba bien defendida.

Las hostilidades continuaron dos días, pero al fin los sitiadores lograron abrir a la fortaleza varias brechas. Dirigidos por Bernal Díaz los españoles y los aliados entraron en ella. Cuando se encontraron en posesión, el Capitán llamó a los vecinos de Chamula a que viniesen a presentarse en paz. Hecha la paz, se pusieron en libertad a todos los prisioneros y se encomendó el pueblo a Bernal Díaz por haber sido el primero que penetró en la fortaleza.

De Chamula los españoles y sus aliados tenían que ir a sosegar el pueblo de Huitztan. Los huitstecos apenas vieron el asalto de los expedicionarios, se acobardaron, desocuparon su fortaleza y se refugiaron en los montes. Vuelto el orden al pueblo de Huitztan regresaron los expedicionarios a la villa de Huatzacualco, pasando antes por Sinatán para castigar a los vecinos de ese pueblo que aún continuaban sublevados. En el camino los indígenas de Teapan les impidieron el paso, pero fueron fácilmente derrotados y se refugiaron a los montes. Después de cinco días de permanecer en el pueblo los caciques prestaron obediencia.

En Simapan los españoles pusieron a los indios en fuga muy pronto. Estos se refugiaron en las ciénegas de donde no salieron hasta que los españoles regresaron a la villa de Huatzacualco.

En el año de 1526 los indígenas de Chiapas se alzaron otra vez, siendo las causas la imposición de tributo, violencias de que fueron objeto los naturales, y oposición a las reformas religiosas, especialmente de parte de las mujeres. Con el influjo del fanatismo de las mujeres y superstición de los sacerdotes indígenas se encendió el fuego del patriotismo y del amor propio en el ánimo de los capitanes y guerreros. Se vengaron desde luego en las personas de los españoles.

Con mucha prisa estos se pusieron en salvo y se refugiaron donde quiera que pudieron. La noticia de esta sublevación llegó a México a fines del año de 1526. Se nombró para pacificarla al Capitán Diego de Mazariegos quien salió de México a principios del año de 1527 con muchos hidalgos y piezas de artillería. No más habían llegado al territorio de Chiapas cuando comenzaron los indios a disputarles el paso.

Antes de emprender ningún ataque serio cerca de la ciudad de Socon, el Capitán invitó a los chiapaneses que volviesen a la obediencia del gobierno español; les dijo que aunque fueran fundadas y justas las causas de la sublevación, nunca podrían ser tales que justificasen los terribles males que siempre trae la guerra consigo. También les dijo que no había venido a sostener los horrores ni los errores de los que le habían precedido. Les ofreció la paz.

Este ofrecimiento fué contestado con silbidos, gritos, descargas de piedra, de saetas y horrosos alaridos. Los

españoles decidieron poner sitio a la ciudad. Obtuvieron posesión de los puntos más ventajosos y entonces el señor Mazariegos por segunda vez los llamó al orden ofreciéndoles la paz. Por segunda vez no la aceptaron los indios y emprendieron una guerra con obstinación y valor dignos de mejor suerte.

En todos los combates salían victoriosos los españoles hasta que los indios tuvieron solamente un camino por donde escapar, el cual pronto fué bloqueado por los españoles. Hecho ésto se apoderó de los indios el terror y empezaron a arrojarse al río desde las elevadas rocas en que habían estado haciendo resistencia. Se cree que el número de los que se arrojaron al río asciende a algunos miles.

Lo restante del año de 1527 se lo pasó el Capitán Mazariegos en pacificar y reconocer toda la provincia. Rendida por él la segunda sublevación, fundó la Villa Real de los indios que es la actual ciudad de Chiapas. Hizo muchas cosas buenas y filantrópicas por los habitantes de esa provincia. Se cree que desde la época en que pisaron los españoles esa tierra, hasta nuestros días el mejor gobernante que ha tenido Chiapas ha sido el señor de Mazariegos.

En el año de 1695 hubo una sublevación en el pueblo de Tuxtla, Chiapas,-----tan corta que casi no se llama sublevación.-----Los indígenas protestaron de que el gobernador indígena que tenían los maltrataba, y pidieron al Alcalde Mayor que lo destituyese. Su Señoría no lo hizo y se pusieron los indios muy furiosos. Cayeron en tumal-

to sobre él hasta matarlo a pedradas; formaron una gran pira de leña, prendieron al gobernador indígena y lo quemaron en unión de un alguacil.

La noticia de estos actos escandalosos llegaron a la capital del Estado, Ciudad Real, en días del viento. Las fuerzas del gobierno llegaron a Tuxtla cuando los indígenas menos lo esperaban. Tan sorprendidos estaban que no hicieron resistencia, y se procedió desde luego a la averiguación, aprehensión y castigo de los culpables. Ahorcaron a treinta de ellos. Tal medida cortó el mal de raíz, tranquilizó los ánimos y restableció la paz.

Desde el año 1587 hasta el de 1712 con la excepción de los sucesos ocurridos en Tuxtla, permaneció la Provincia de Cispas en paz. Esta no era voluntaria y durante esos ciento ochenta y cinco años los aborígenes no renunciaron ni olvidaron sus pretensiones de acabar con todos los que no correspondían a su raza. La causa de ésta paz era que aparecieron varias veces enfermedades terribles que atacaban especialmente a los indígenas. Una enfermedad que se llamaba Matlaxhuatl; otras epidemias fueron, sarampión y viruelas, las cuales se acabaron con una gran parte de niños.

Calmas las enfermedades y restablecido en algún tanto el número de indígenas, volvieron a pensar en el modo de quitarse a los españoles, mestizos, ladinos y a todos los que no correspondiesen a su raza, que no hablasen su propio idioma y que no observasen sus costumbres. A fines del año 1711 los vecinos del pueblo de Cahancu invitaron

a los habitantes de los demás pueblos a una reunión. Representantes de treinta y dos concurren; los restantes ofrecieron cooperar más tarde. Se acordó en esa asamblea limpiar toda la Provincia de todo lo extranjero y restablecer el antiguo orden de cosas. El jefe de esa sublevación era Juan García, vecino del referido pueblo de Cahancu. Se convino comenzar el levantamiento en los próximos días de fiesta del año entrante. Rumores de las tentativas llegaron a los oídos del Alcalde Mayor de Ciudad Real, quien mandó inmediatamente un destacamento al pueblo. Con esta medida quedó todo en silencio.

Algún tiempo pasó y los vecinos protestaron que no podían celebrar sus fiestas con la libertad de otros tiempos, que no concurrían los habitantes de los pueblos vecinos por el temor que inspiraban los militares que allí había, que todo lo que se había dicho acerca de una sublevación era infundado, y que querían celebrar la fiesta de la Santísima Trinidad con el gusto de otros tiempos. Pedían al Gobierno que retirase la fuerza que no tenía ninguna razón de estar en ese pueblo. El Alcalde Mayor accedió; retiró la tropa y todo volvió a quedar en silencio.

A la fiesta de la Santísima Trinidad que se celebró en junio, a las ocho de la mañana, españoles, ladinos, mestizos e indios fueron al Templo a celebrarla. Cuando estaban ya a más de media masa e hincados de rodillas, salieron de los montes inmediatos grandes grupos de indios, los cuales con los indígenas vecinos del pueblo, atacaron a los asistentes al templo con ferocidad bárbara. Los salvajes mataron a todos---hombres, mujeres, niños, sa-

cardotes, sin ninguna clase de misericordia. Algunos indios espantados con el hecho horroroso que habían ejecutado fueron en busca de licor embriagante para ahogar su remordimiento. Otros grupos recorrieron el pueblo y asesinaron a muchos inofensivos. Entonces satisfechos en que no les quedaba en ese pueblo nada que hacer, se fueron a otros pueblos cercanos a matar, saquear, e incendiar.

Hecho ésto, los jefes de la sublevación reunieron en el pueblo de Cahancu y declararon diosa a una jóven a que atribuían maravillas. Inmediatamente vinieron los vecinos de muchos pueblos a tributarle adoración, llevándole regalos de diferentes especies. Entonces después de fortificar a Cahancu, el Generalísimo arregló y concentró sus fuerzas y se dispuso a marchar sobre Ciudad Real.

Al recibir estas noticias el Alcalde Mayor Don Pedro Gutiérrez, nombró varias comisiones y comenzó a trabajar con actividad. Primero reunió a los próceres para utilizar sus conocimientos en el grave asunto de defender la vida y los intereses de los habitantes de Ciudad Real. Entonces envió mensajeros a los Gobernadores de Guatemala y Tabasco, avisándoles de los acontecimientos y pidiéndole auxilio. Puso sobre las armas a todos los hombres que estaban capaces de usarlas; a otros les dió lanzas y machetes. Resguardó a la población con fortificaciones y fosos. Se colocó el Comandante Wonge con una fuerza en Baixatan en una colina que queda al frente del camino por el cual debían venir los indígenas.

El día 19 de noviembre las fuerzas de los indígenas conducidas por el General Juan García, comenzaron a llegar

y a ocupar todas las eminencias. Asaltaron por varias veces la fortificación pagando muy cara su temeridad. Parece increíble que cien hombres atacados por quince mil se hubieran podido defender. No obstante el hecho es cierto.

El 20 del mismo mes, el Alcalde Mayor recibió palabra de que Don Fernando Monge y sus soldados estaban completamente sitiados por las fuerzas de García. El Alcalde con cuatrocientos hombres salieron a darles auxilio. Al ver venir a éstos, el grueso de los indígenas se tendió en los campos.

El próximo día comenzó una batalla terrible. El invencible valor de los españoles iba diezmado las fuerzas del General García. El empuje de las tropas del Alcalde Mayor dividió a los indígenas en dos secciones. Ya divididas se pusieron en precipitada fuga. Los fugitivos -- huían por distintos rumbos y después de perseguirlos alguna distancia los vencedores retrocedieron al pueblo de Nuitstan.

La noticia del triunfo llegó a Ciudad Real como por telégrafo. Después de este primer triunfo llegaron el Presidente Don Toribio Cosío de Guatemala y el Alcalde Mayor Don Juan Francisco Medina Coehen de Tabasco con muchas -- fuerzas a dar auxilio a las de Ciudad Real. Con este auxilio la derrota final de los sublevados se efectuó.

El señor Cosío llegó primero con más de ochocientos hombres. Después de dar descanso a sus tropas, salió con ellas a presentar batalla a los indígenas. Los halló cerca del pueblo de Ushenue. Los desalojó de su sitio en una

montaña elevada y salió al pueblo de San Martín. Como corrieron los indios a las primeras descargas, e informado el General Presidente de que los alzados habían fortificado el pueblo de Cahancu se dirigió con sus fuerzas para ese lugar.

En la acción de esta plaza cayeron prisioneros Juan García y otro cabecilla, los cuales fueron juzgados, sentenciados y ahorcados en la plaza del mismo pueblo de Cahancu. Con la toma de éste pueblo quedó vencido el foco de la revolución.

Desalojados, algunos de los indios se diseminaron buscando sus antiguas residencias, otros capitaneados por algunos cabecillas se dirigieron a sus respectivos pueblos con el objeto de continuar en ellos la sublevación.

El Señor Cosío permaneció por algunos días en ese pueblo restableciendo el orden. Entonce temeroso de que los cabecillas que se habían marchado a sus propios pueblos fomentasen la revolución se dirigió con parte de sus fuerzas a éstos puntos con el objeto de restablecer el orden y nombrar nuevas autoridades. En todos estos pueblos habían matado a todos los descendientes de españoles. Por eso no podía nombrar nuevas autoridades, pero las tropas españolas siguieron su marcha por todos esos pueblos restaurando el orden y entregando a la justicia a los cabecillas.

Después de todo esto vino el Alcaide Mayca de Tabasco con su auxilio, pero sin más que unas pocas escaramuzas volvió a su provincia por que ya estaban vencidos los sublevados.

A mediados de marzo de 1713 salió el señor Cosío con sus fuerzas de Ciudad Real para Guatemala, dejando a los alzados vencidos, castigados y vueltos a la obediencia del Rey de España. Todo esto se había ejecutado en el corto término de poco más de tres meses.

Desde el año 1712 hasta junio de 1869 los indígenas del Estado de Chiapas permanecieron en paz. En este año los habitantes de Chamula se sublevaron la última vez. Estas guerras se han llamado "Guerras de las Castas", pero según Vicente Pineda, no lo eran. No eran guerras contra las diferentes razas y castas, sino contra la civilización.

Para comprender claramente esta sublevación hay que estudiar las ocurrencias de unos dos años anteriores. En el año 1867 el Fiscal del pueblo de Chamula, Pedro Díaz Cuscat, en unión de Agustina Gómez Checheb fabricaron un figurin de barro, lo adornaban con listones y les dijeron a toda la gente alrededor, que el ídolo había bajado del cielo para favorecerlos en sus necesidades; y que era necesario que todos contribuyeran con ofrendas para no disgustarlo.

Como la generalidad de los indígenas creó que todas las imágenes que existían en los templos eran dioses, no dilató en creer lo que se les dijo. Pronto construyeron una pagoda para el ídolo. Se colocó el ídolo en una caja de madera y cuando quería hablar Cuscat, se metía dentro de la caja y la movía. La indígena Agustina era la intérprete de la voluntad del ídolo; ponía oído a lo que Cuscat decía dentro de la caja y lo comunicaba a todo el concurso de tontos que estarían allí. Estos, al oír las pala-

bras divinas levantaban las manos al cielo, besaban la tierra y se santiguaban.

Las reuniones comenzaron solamente con los vecinos del pueblo de Chamula; después vinieron los vecinos de la generalidad de los pueblos indígenas. El Cura de Chamula Don Miguel Martínez, enterándose de lo que había pasado fué al lugar, Tzajal-hemel, donde apareció el ídolo y persuadió a los indígenas de que todo aquello no era mas que una grosera invención de Cuscat con el objeto de esquilmarlos. Les dijo que debieran orar en la iglesia del Santo Patrón, y que en los libros santos nunca había bajado del cielo ningún figurin de barro. Entonces les pidió el ídolo, le despojó todos sus adornos y lo presentó en toda su desnudez. Los indígenas aparentaron estar de acuerdo con el cura, y ese mismo día él volvió a la casa parroquial llevando el ídolo consigo.

Pocos días después Cuscat y Agustina fabricaron otros dos o tres figurines, los adornaban y colocaban en la misma caja y en la misma pagoda. Continuaron las reuniones, y les hizo creer a los indios que la india Agustina había perdido los nuevos ídolos, llamándola desde entonces la madre de Dios.

El Jefe Político del Departamento del Centro, Don José María Robles vió que esas reuniones no podían más que terminar en una sublevación, prendió a Cuscat y a otros varios cuando ellos no respetaron su autoridad. Los mandó a la Ciudad de Chiapas donde el Gobierno, diciendo que en el Estado de Chiapas había libertad de conciencia y de -

cultos, los puso inmediatamente en libertad. Por supuesto los indígenas volvieron a continuar sus reuniones con más audacia y más descaro que nunca, seguros de que el gobierno los apoyaba.

Tan luego que Cuscat volvió de Chiapas se presentó a los indígenas en una gran reunión. Les dijo que estos dioses que les habían venido eran para sólo los indios, los cuales le habían asegurado que ya era tiempo de concluir con todas las gentes que no fueran de la misma semilla. Inmediatamente se fueron mensajeros a recorrer todos los pueblos de indígenas para invitarlos a que cooperasen a la grande obra de destruir al pueblo civilizado.

Cuscat les dijo que no debían ir a los templos de los ladinos y españoles; que no debían adorar a Jesucristo porque él no era de su raza. Les dijo que debían escoger uno de los vecinos del pueblo--de su raza-- y crucificarlo para tener así un Señor propio a quien adorar. La proposición fué aceptada, y se eligió para ser crucificado en el próximo viernes santo del año de 1868 al joven indígena Domingo Gómez Chechab, de diez o once años de edad. En el día señalado este pobre muchacho fué clavado a una cruz.

En diciembre del año mencionado el Jefe Político Robles mandó prender a Pedro Díaz Cuscat, la india Agustina y otra por delitos de desobediencia a la autoridad y conatos de sublevación. Hasta entonces el Gobierno permanecía completamente ignorante del delito de crucificación. La capital carecía de las fuerzas necesarias e indispen-

sables para que las autoridades se hiciesen respetar. Había diez o quince soldados en el cuartel. Cuscat sabía bien la condición, y lo puso en conocimiento de sus compañeros.

Por este tiempo vivía en Ciudad Real un hombre llamado Ignacio Fernández Galindo, natural de la Ciudad de México. Enterado de lo que ocurría decidió irse a reunir a los indígenas para dirigirlos en contra de los de su propia raza. Este hombre funesto fué con su esposa Luisa - Quevedo, y un discípulo Eguino Treje a Chamula, obtuvo la confianza de los indígenas y se hizo su general. Les predicó que como en Yucatán y en el Norte de México los indios se habían sublevado con éxito, ellos deberían alzarse también y hacerse dueños de todas las cosas existentes.

Galindo se estableció entre ellos----aún tomando su forma de vestirse----e inmediatamente los reunió para instruirlos en la táctica militar. También aprobó la nueva religión y les hizo creer que su esposa era pitonisa.

Noticias de éstos sucesos llegaron a los oídos del Gobernador de la Provincia, pero como el Gobierno del Estado contradijo el informe y no se le hizo caso. La administración de aquella época es responsable de esta terrible sublevación porque los indígenas no conspiraron en secreto, sino que estuvieron preparando y concertando por más de dos años consecutivos, a ciencia y paciencia de las autoridades. La sublevación pudo haberse ahogado en su cuna.

El doce de junio de 1869 el buen padre de Chamula

Don Miguel Martínez se dirigió otra vez al adoratorio que tenían los indios y los exhortó volver a las creencias de sus antepasados. Les pidió los ídolos y con la más buena intención le entregaron uno como en la primera vez. Llenado el objeto de su viaje el buen cura salió para el pueblo de Chamula. De pronto los indígenas pusieron en conocimiento de Galindo lo que había pasado. El conspirador al oír aquella relación gritó "a matarlos". Se hizo ésto. Además Galindo con sus chusmas recorrieron los pueblos cercanos asesinando a toda la gente ladina y española. El número de víctimas inocentes pasó de ciento.

El Jefe Político, avisado de estos acontecimientos, pidió auxilio al Gobernador del Estado. Este dudó de la veracidad de los informes que recibió y solamente después de recibir varios mensajes por extraordinarios mandó al Jefe treinta hombres al mando del Comandante Crescencio Rosas. Estas fuerzas, reunidas con las que se habían podido armar en la población con armas de fuego, ascendía la fuerza al número total de noventa hombres con que tendrían que detener el empuje de siete mil indios.

Galindo reorganizó sus chusmas y se dirigieron a Ciudad Real con el pretexto de arrancar de manos de la autoridad a Cuscat y las dos "santas". Al llegar a las inmediaciones de la ciudad, Galindo salió bajo bandera blanca y pidió hablar con el Jefe Político. Logró la libertad de Cuscat y las indias, pero el mismo, su esposa y Treje - tuvieron que reemplazarlos.

Luego que los santos fueron puestos en libertad hubo mucha fiesta entre los indios. Sin embargo, pronto los



habitantes de la ciudad se volvieron a poner en alarma, porque corría la noticia de que seis o siete mil indios se reunían para pedir la libertad de Galindo, su esposa y su discípulo. Cuscat pidió esta cosa al comandante Rosas quien le contestó que carecía de facultades para entrar en esa clase de arreglos, pero que ese mismo día venía el Gobernador. Por supuesto, éste, cuando llegó, dijo que si Galindo podía probar su inocencia con respecto a los asesinatos y destrozos cometidos le libertaría. Luego que el General Cuscat recibió esta contestación mandó que sus fuerzas avanzaran inmediatamente sobre la ciudad.

Como era tan pequeño el número de españoles y tan grande el de los indios, el primer combate fué una derrota terrible para aquellos. Combatieron fuera de la ciudad y grande fué la angustia de las mujeres, niños y los incompetentes de la ciudad cuando vieron venir a los soldados, --muchos heridos. Afortunadamente para los de la ciudad, por un motivo desconocido, las chusmas indígenas victoriosas se quedaron en sus posiciones sin marchar sobre la población.

Entre esta batalla y la próxima, Galindo, Luisa Quevedo y Benigno Trejo fueron sentenciados a muerte por el Gobernador.

Antes de la próxima batalla las fuerzas españolas fueron reforzadas con hombres y municiones. Desde entonces la fortuna favoreció a los españoles. El 30 de junio los indígenas sufrieron una derrota en su cambio. Los alzados se dispersaron y los cabecillas trataron de ocultar-

se.

Pero los indigenas no se consideraron vencidos con una sola derrota. Los españoles recorrieron y volvieron a recorrer los pueblos implicados, y siempre los indios continuaban sus alzamientos. Por fin, las fuerzas españolas hicieron volver a la obediencia del gobierno a todos los pueblos más importantes. La sublevación estaba reducida a algunas gavillas muy diseminadas en las rancherías y montes del departamento de Tzimajovel. Estas gavillas dispersas se reunieron probablemente bajo el mando de Cuscat. La prolongación de la sublevación por estos indigenas puso al gobierno en la necesidad de vencerlos por medio de las armas, con la pérdida de muchas vidas. Después de tenaz persecución los rebeldes desistieron de su empresa y se quedaron completamente en paz. Esta sublevación duró del 12 de junio de 1869, hasta octubre de 1870, en cuyo año concluyó la guerra de la barbarie contra la civilización en esa parte de México.

El Gobernador quedó satisfecho de someter a los indios. No los castigaron, pero, de vez en cuando, cuando se oían rumores de sublevación, las autoridades procedían con actividad y diligencia.

Capítulo IX

Motines de los Indios de Sonora

Las principales tribus que encontramos en la región de Sonora son los Opatas, los Pimas, los Pápagos, los Seris, los Yaquis y los Mayos.

No tenemos noticias mas que de una revolución de los Opatas. Han sido siempre dóciles, adictos y pacíficos aunque esta es reconocida generalmente que es la más valiente de las tribus sonorenas. Pero aún esta tribu ha mostrado el espíritu rebelde. La única insurrección que levantaron tuvo por origen las injusticias cometidas por un habitado contra la compañía de Opatas de Bahispe, que estaba al servicio del gobierno. Con este motivo se rebeló esta compañía y los indios de varios otros pueblos. Mostrando mucho valor quinientos indios derrotaron a mil quinientos hombres que los atacaron, pero después de algún tiempo fueron vencidos. Sostuvieron por tres días un sitio riguroso durante el cual consumieron por completo sus municiones. Los sitiados no llegaban a trescientos hombres y los sitiadores eran más de dos mil. Los cabecillas, Dorome y Espiritu y algunos otros indígenas fueron fusilados y quedó restablecida la paz.

De la pacífica tribu pápago no tenemos noticia de ninguna sublevación que hayan efectuado, después de la que sostuvieron el año de 1840, en la cual fué necesario hacerles una campaña formal para pacificarlos.

La tribu Seri es la más renuente de todas las que hay en Sonora para mezclarse con otras razas y para entrar por el camino de la civilización. Aunque ^{^ nunca} ha sido muy numerosa, esta tribu ha sido muy amante de insurrecciones. Ya, a causa de sus abundantes luchas, hábitos degradados, su mala alimentación, su desnudez, su miseria y su renuencia para cruzarse con otras razas es seguro que no existen ni trescientos de todo sexo y edad.

Periódicamente, estos salvajes se han insurreccionado. En 1880 tuvo lugar uno de sus alzamientos. El gobierno cogió prisioneros como a ciento cincuenta de ellos y los trajo a la Capital y con el fin de evitar que volvieran a su antigua vida de desórdenes los puso en una reservación, nombrándoles un jefe de la misma tribu. Allí estuvieron algunos meses bien alimentados y cuidados cuando una noche se sublevaron. Amarraron al Jefe y huyeron hacia la costa a reunirse con el resto de la tribu y a seguir su vida nómada y salvaje.

Posteriormente han efectuado otros alzamientos, pero estos no han sido de mucha importancia.

Ninguna de las otras tribus que hay en Sonora ha tomado una parte tan activa como los Yaquis y los Mayos en las muchas sublevaciones que han envuelto a esta porción de la República de México. Su carácter era tal, que hicieron la guerra sin causa ninguna. Es verdad que después de la conquista concentraron sus fuerzas en oponerse a los españoles, pero antes combatieron casi sin cesar con otras tribus.

Las sublevaciones de los Yaquis, Mayos y otras tribus se pueden dividir en cuatro épocas: la primera comprende la conquista por los españoles, de 1529 a 1610, en cuyo año quedaron los indios sometidos; la segunda, la época del gobierno colonial, de 1610 a 1821, año de la independencia de México; la tercera, de 1822 a 1866 en que se retiraron los franceses de Sonora; y la cuarta, de 1867 a 1902, después de este año aunque no concluidas las guerras completamente, estas han sido pequeñas tendiendo a disminuir constantemente. No vamos a discutir todas las guerras que ocurrieron durante estas épocas. Solamente vamos a dar un resumen de las sublevaciones para mostrar su carácter rebelde.

Aunque fueron varios alborotos durante la época de la Conquista se destacó más uno que sucedió en el año de 1531. Nuño de Guzmán había sometido a las tribus de esta provincia con guerra sangrienta y cruel en aquel año. Después de conquistar a los indios partió y nombró a su teniente Proaño como jefe de las fuerzas que dejó. Este aún más que Guzmán, ejecutó crueldades espantosas, sometiendo a los indígenas a la esclavitud y en caso de desobediencia, los castigaban clavándolos de pies y manos a los árboles con herraduras y allí dejándolos hasta que perecían pidiendo al cielo justicia.

Por motivo de esos hechos atreídos se alzó toda la provincia de Culiacán, los indios de toda la costa quemaban sus pueblos y abastecimientos y aún mataban a sus propios niños, por no poderlos llevar, y huían a las serranías.

Alarmado por este levantamiento de los naturales,

Guzmán mandó encausar a Proaño y en su lugar nombró a otro quien trató a los indios con más moderación. Después de esto, reinó la paz por muchos años.

Durante la segunda época la sublevación de más importancia fué la del año de 1740. En ese año el Gobernador de Sonora, don Manuel Bernal Huidobro, tuvo que pasar a la Baja California a reprimir unos sublevados allí. Durante su ausencia comenzaron los indios de la tribu Yaqui a moverse. La causa era que los padres jesuitas tenían dos mayordomos de cuyo proceder vejatorio se quejaban los indios. Estos pedían al Alcalde Mayor que los quitase y pudiese otros de su nación. El Alcalde parecía estar suenente, pero los jesuitas defendían a sus mayordomos. Los Yaquis mandaron a dos indios a México para que trajesen sus quejas. Permanecieron en la Capital más de dos años sin obtener nada de lo que pretendían. Esto fué la causa de un alzamiento general de los Yaquis y los Mayos, que capitaneados por un indio llamado Calixto hicieron terribles destrozos y muchas desgracias.

Estaba ya de regreso en la Villa de Sinaloa el Gobernador Huidobro. Llevó unas tropas para reprimir a los rebeldes. Colocó sus fuerzas en Alamo. De allí mandó situarse en la frontera al Sargento Mayor de Milicias Don Agustín de Vildesola, quién tuvo la fortuna de derrotar a los indios en dos ataques que le dieron. Después de la segunda derrota regresaron los indios que estaban en México. Se presentaron al Gobernador en Alamo, y obtuvieron su permiso para ir a pacificar a sus paisanos. Esto lo-

graron, al mismo tiempo, librando a muchas personas a quienes los rebeldes tenían ya encapilladas para darles la muerte al día siguiente. Acción tan meritoria no impidió que Vildosola, que sucedió en 1741 a Huidobro, suspenso por órden superior, aprisionase y pasase por las armas a los tres cabecillas, Calixte, Muni y Bernabelillo.

En la primera parte, de la tercera época hubo tres sublevaciones sangrientas capitaneadas por Juan Banderas. Tanía él el plan de reconciliar a todas las tribus y a unir las bajo un gobierno propio. Su plan consistía también en el exterminio de los blancos. Hubo una sublevación en 1825, otra en 1826 y otra en 1832.

Vencida la última revuelta Banderas y su segundo fueron hechos prisioneros y sentenciados a muerte. Banderas no realizó su ideal revolucionario pero sus ideas continuaban viviendo en los corazones de los indios.

Durante esta época hubo también las siguientes sublevaciones:

En 1856 doscientos Yaquis sublevaron al mando de su jefe Mateo Marquin.

En 1857 y 1858 se alzaron los Opatas, los Yaquis y los Mayas. Hubo numerosos combates entre el gobierno y los indios, no fueron vencidos hasta que el gobernador con un gran número de fuerzas fué personalmente a esa región. En el mes de mayo los indios pidieron indulto que les fué concedido y las tranquilidad quedó restablecida.

En 1869 los Opatas y después los Yaquis y los Mayas mandados por Cándara y Juan y Refugio Tenori se sublevaron.

Después de varios combates el gobierno derrotó a los indios y ellos se sometieron.

En marzo de 1860 volvieron a alzarse los Yaquis y los Mayos. Por el año 1861 ésta guerra continuó activamente.

En el año 1862 los Mayos atacaron el fuerte de Santa Cruz. Las fuerzas del gobierno marcharon sobre ellos y se hizo la paz.

En los años 1865 y 1866 hubo un levantamiento de Yaquis, Mayos, Opapas y Bimas encabezados por el jefe de la tribu, José María Barquin y Refugio Tenori. Todos estos proclamaron el imperio. Continuaron las guerras durante el año 1866---aún después del embargo de los franceses. A fines del mes de noviembre los sublevados solicitaron la paz. Tenori fué fusilado.

No sería posible nombrar todas las sublevaciones de la última época. Además de las incursiones de los Apaches del Norte, los Yaquis y Mayos continuaban sus alzamientos periódicos. No mas habían las fuerzas del gobierno sometido a los Yaquis cuando el Gobernador tuvo que mandar tropas para suprimir a los Mayos. Entonces se sublevaron las dos tribus juntas. En esta época apareció un nuevo cabecilla entre los Yaquis quien instigó muchas insurrecciones. Se llamó José María Leyva Cajeme. Les predicaba a los indios la necesidad de recobrar su independencia, despertando el orgullo de aquella raza guerrera y belicosa. Los indígenas, los Yaquis seguidos por los Mayos tenían grandes reuniones clandestinas en que se ocupaban de organizar sus planes. No fueron completamente dominados antes del año

1903.

Las sublevaciones de las tribus Yaqui y Mayo han durado unos doscientos años. Es decir, que aunque fueron algunos periodos de paz, el gobierno tuvo que tener tropas allí. Parece imposible que la sublevación hubiera durado tanto tiempo sin haber sido completamente sometidos los indios. Pero es una raza indomable. Hoy son muy dominados, y como en los últimos años los levantamientos de los indios han sido menos frecuentes y las gavillas poco numerosas se cree que hemos llegado al fin de una guerra que ha durado tantos años. Pero, quien sabe cuando va a brotar de nuevo el espíritu rebelde de esos indios de Sonora.

Capítulo X

Sublevaciones de los Indios de Yucatán.

El primer motivo de las sublevaciones de los indios de Yucatán, fué el exterminar a las demás razas que habitaban esa Península. Desde tiempo inmemorial los mayos aborrecían a todos los extranjeros, y cuando los capturaban los condenaban a muerte o a la esclavitud. Cosas que añadieron al odio instintivo del indio fueron las siguientes: los extranjeros los conquistaron; les quitaron su religión y la substituyeron por otra; les cambiaron sus costumbres de vestirse y de vivir; y lo explotaron. Además

el conquistador y el indio fueron tan distintos en carácter, color de piel y todo eso que no podía reconciliarse con aquel. Estas observaciones pueden explicar muy bien la insurrección, aunque no pueda justificarla. Los indios se sublevaron exactamente en el momento en que su condición iba a cambiar. El Gobierno había hecho muchas leyes en favor de los indios; por ejemplo, disminuyó sus impuestos; estableció escuelas para ellos; dió a unos, puestos honrosos en la administración pública.

En los primeros años del Siglo XIX se dieron armas a los indios por primera vez. El Gobierno tenía que someter una revolución y necesitaba la ayuda de los indios. Les dió armas otra vez cuando los indios fueron levantados por los revolucionarios. La experiencia que tenían en estas campañas los preparó para su hora de venganza.

De las convulsiones intestinas de la Península salieron individuos de la raza indígena familiarizados con el uso de las armas. Entre ellos tres caciques destacaban, Manuel Antonio Ay, Cecilio Chi y Jacinto Pat. Ellos con Bonifacio Novelo, un feroz asesino, tramaron una conspiración contra los blancos y extendieron el hilo de ella por toda la Península. En un rancho aislado llamado Xihum, formaron los planes que mas tarde se desarrollaron. Circularon cartas y emisarios en distintas direcciones; pero algunos hilos de la conjuración fueron descubiertos antes que estallase la rebelión.

Un propietario de un rancho algunas leguas de Xihum vió un movimiento inusitado entre los indios; notó que pa-

saban muchos indios llevando víveres. Mandó a un criado a averiguar la causa de aquella acumulación de viveres. Las noticias que trajo el criado de una sublevación indígena le hizo salir precipitadamente de su rancho con su familia y presentarse ante el Jefe Político, Don Eulogio Rosado, de Valladolid, con los informes que había recibido. El jefe tuvo otras noticias también, incluyendo evidencia en forma de letras escritas por los jefes de la conspiración.

El Coronel Rosado inmediatamente sometió a Manuel Ay a un juicio militar, y ante este Tribunal fué condenado a la muerte. La ejecución se verificó en la Ciudad de Valladolid y su cadáver fué conducido a su pueblo Chichimila donde, puesto a la espectación pública por veinticuatro horas pudo ser contemplado por todos los vecinos de la población. Estos estaban vivamente excitados, lo que alarmó tanto a los blancos de Chichimilpa que se pusieron en marcha para Valladolid. Estos eran los preludios de una lucha que iba a envolver la Península.

Próximo el Gobierno, trató de aprehender a Jacinto Pat y Cecilio Chi, pero el Capitán a quien encomendó su captura, creyendo que el Gobierno estaba mal informado acerca de la sublevación, no cumplió literalmente con las instrucciones del Gobierno y los dejó escaparse.

La madrugada del treinta de julio de 1847 Cecilio Chi y muchos indios se arrojaron repentinamente sobre las casas de todos los vecinos de Tepich que no pertenecían a su raza, asesinando sin piedad a blancos, mestizos y mulatos.

La salvaje costumbre de los Mayas de destruir todo lo que pertenecía al enemigo fué adaptado por los de una raza que se preciaba haber introducido la civilización en el país. Cuando derrotaban a los indios de un pueblo lo quemaban y fusilaban a todos los prisioneros.

El cacique Jacinto Pat intentó disuadir a los sublevados de su idea de exterminio pero no pudo combatir contra la voluntad de Cecilio Chi y otros capitancillos.

Los blancos derrotaron a los indios muchas veces. Unas pocas veces los indios salieron del campo de batalla con éxito. Es milagroso que no lo hizo más veces por que en octubre y noviembre del año 1847 hubo una rebelión entre los blancos dirigida por Cetina quien amenazó hacer la sublevación de los indios fácil y fructífera. Pero Cetina se dió cuenta de la gravedad de la situación y se sometió con todas sus fuerzas al Gobierno.

La cosa incomprensible - es que durante todos los años de esta guerra, de vez en cuando había fricción entre los partidos de la raza blanca. El partido del Gobierno fué encabezado por Don Santiago Méndez, y el de los revolucionarios por Don Miguel Barbachano. Por supuesto, al ver el peligro de una seblevación general de los indios estos dos partidos se reunieron para protegerse.

No voy a hacer mas que dar una ojeada de esta sublevación. No es necesario contar los pormenores y detalles de cada campaña para probar que el espíritu de éstos indios de Yucatán no era sumiso ni manso.

Durante el año 1847 el Gobierno no logró hacer ma-

cho en el trabajo de someter a los indios porque otra vez esomó el partido reaccionario y para someter éste, las tropas del gobierno tuvieron que retirarse de los campos que les habían quitado a los indios. Tanto la indignación del público, como las tropas del gobierno calmó por un tiempo esta guerra civil. Pero, por todo el año, Barbachano siguió sus planes para arrojar a Méndez. Aquel insistió en que se habían interpretado mal las tendencias de la sublevación y que los indios no querían más que los derechos que no les dió la administración de Méndez. Los indios convinieron en lo que dijo Barbachano pero solo con el fin de dividir a su enemigo y aprovechar esta división para llevar adelante su plan de exterminio.

Por los años 1847 y 1848 las fuerzas del gobierno sufrieron tan grandes pérdidas--como la de Valladolid que los habitantes blancos no solo corrían en busca de refugio a Mérida y Campeche sino que muchos se apresuraban a mal vender sus bienes para emigrar a otros países. El Gobierno prohibió la emigración de todos los hombres capaces de llevar armas. Además, los gastos de la campaña, siendo tan fuertes, lo forzaron a imponer suscripciones voluntarias a los ciudadanos y aún a que tomase las alhajas de las iglesias. El Gobierno recibió alguna ayuda de la Habana en forma de fusiles, sables de caballería y municiones.

Tan extrema era la condición de Yucatán que Méndez mandó emisarios a los Gobiernos de Inglaterra, de España y de los Estados Unidos, ofreciendo a cualquier Gobierno que enviara auxilios a la Península, el dominio y sobers-

nia de Yucatán.

En 1848 se creyó que vendría la paz porque Jacinto pat convino en firmar un pacto. Pero recordemos que este cacique fué más ameno que los otros, y con todos ellos contra el pacto Pat no podía cumplirlo.

En este año también el Gobernador Méndez mostró su patriotismo profundo. Dijo que él no podía subjugar a los indios ni podía hacer paz con ellos; por eso renunció el Gobierno del Estado en favor de su antagonista Miguel Barbachano.

Había cuatro o cinco razones que contribuyeron a la final derrota y sumisión de los indios de Yucatán. Barbachano removió de sus destinos a algunos de los jefes principales porque habían venido retrocediendo constantemente delante de los bárbaros. Los nuevos jefes no conocieron la derrota y llevaron las tropas blancas a muchas batallas de que salieron con éxito.

Otra cosa que estimuló mucho el espíritu de los blancos y les ayudó mucho fué el auxilio que les mandó el Gobierno de México. Cuando recibieron noticias de este auxilio Barbachano inmediatamente mandó cartas a los Gobiernos de Inglaterra, España y los Estados Unidos, diciéndoles que no necesitaba más de su auxilio.

Otros acontecimientos que ayudaron mucho a los blancos fueron los siguientes: Cecilio Chi llegó a su muerte por los planes de una mujer; y Jacinto Pat, habiendo despertado el enojo de los indios por imponerles una contribución, se mató por ellos. La desaparición sucesiva de los

dos jefes introdujo mucho desconcierto en el campo de los sublevados y ellos no tenían ninguna Nación amiga que les ayudara.

Por estas razones gradualmente moría la sublevación hasta que en el año 1853 Yucatán quedó en paz.



L. DE VERANO

Conclusión

Para probar mi afirmación de que la rebeldía es una característica de los indios en todo México he escogido unas pocas de las sublevaciones más importantes que se han alzado en este país desde los días de la Conquista. Hay millares de otros alborotos que no he apuntado aquí, por falta de tiempo. Y los levantamientos no están terminados todavía. Muy a menudo, por medio del periódico o del radio encontramos que acá y allá, por la República, los indios se alzan contra las autoridades. Pero como el gobierno actual piensa tanto en los intereses de los indígenas hay que esperar que ellos olviden su odio y rebeldía y que hagan de México un país fuerte por su unidad.

Indice

| | | |
|---------------|-------------------------------------------|----|
| Capítulo I | Carácter de los Indios | 1 |
| Capítulo II | Causas de las Sublevaciones | 7 |
| Capítulo III | Sublevación de los Acaxees | 12 |
| Capítulo IV | Los Alborotos en el Estado de Jalisco | 13 |
| Capítulo V | Sublevaciones en el Istmo de Tehuantepec | 23 |
| Capítulo VI | Las Sublevaciones de los Tarahumares | 27 |
| Capítulo VII | El Alboroto de México | 30 |
| Capítulo VIII | Las Sublevaciones en el Estado de Chiapas | 34 |
| Capítulo IX | Motines de los Indios de Sonora | 53 |
| Capítulo X | Sublevaciones de los Indios de Yucatán | 59 |
| Conclusión | | 66 |
| Indice | | 67 |
| Bibliografía | | 68 |

Bibliografía

- | | |
|---------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------|
| González Obregón, Luis | Las Sublevaciones de Indios en el Siglo XIX. |
| García, Genaro | Tumultos y Alborotos de Indios. |
| Troncoso, Francisco P. | Las Guerras con las Tribus Yaqui y Mayo. |
| Pineda, Vicente | Historia de las Sublevaciones Indígenas habidas en el Estado de Chiapas. |
| Holinc, Cristóbal | War of the Castes. |
| Pérez Verdía, Luis | Historia Particular del Estado de Jalisco. |
| Ancón, Eljio | Historias de Yucatán. |
| López y Fuentes, Gregorio | El Indio. |
| Aiton, Arthur Scott | Antonio de Mendoza, First Viceroy of New Spain. |
| Fimentel, Francisco | Memoria sobre las Causas que han originado la Situación Actual de la Raza Indígena. |
| Casas, Bartolomé de las | Destrucción de las Indias. |
| López de Comera, Francisco | Conquista de México. |
| Clavijero, Francisco Javier | Historia Antigua de México. |
| Corvantes de Salazar, Francisco | Crónicas de Nueva España. |

